... Antropología, el mundo simbólico del hombre, autor Carlos Díaz. Fecha de emisión 6 del 5 del 80. ... ... Arnor Gellén había definido al hombre como ser de carencias, pues según él, lo típico del hombre consistiría en carecer de una adaptación al mundo. Todos los animales, desde que nacen, están perfectamente acomodados a su ambiente, por lo cual necesitan aprender menos. Pero hay una excepción, el hombre.

que nace completamente necesitado de los demás para poder sobrevivir y que precisa de un aprendizaje necesariamente complejo, denso y extenso. Así pues, el hombre nace, comparativamente respecto a los demás seres vivos, en situación de inferioridad. Pero es justamente esta carencia lo que va a permitirle desarrollarse haciendo de la necesidad virtud. Forzado a aprender, tendrá que desarrollar su curiosidad y su ingenio para superar sus insuficiencias. Es aquí donde se inscribe lo que denominamos el mundo simbólico del hombre. Si hay alguna diferencia radical entre el hombre y los animales, es justamente la capacidad del primero para desarrollar un mundo simbólico. El hombre no deja pasar la oportunidad de desarrollar un mundo simbólico.

por ello de ser animal, sólo que es un animal que utiliza símbolos. Lo mismo hubiera dado decir que el hombre es el único animal que habla con un lenguaje simbólico. Y también hubiera sido sinonímico decir que el hombre es el único animal que procede discursivamente mediante el uso de conceptos. Lenguaje, concepto y símbolo son tres dimensiones de una misma realidad que, repitámoslo, hace del hombre un animal diferente, un animal que razona, o lo que es igual, un animal racional. La noción de símbolo. No se entendería el símbolo si antes no se explicara, siquiera someramente, lo que es el signo, del que precisamente el símbolo es una clase. Signo es todo cuanto representa o está en lugar de otra cosa distinta de ella misma. Lo propio, sin embargo, del signo es el estar referido o ligado a la naturaleza. Por ejemplo, el humo es un signo del fuego. Por el humo se sabe dónde está el fuego, dice la canción.

popular. Del mismo modo podemos decir que los rayos y los truenos son un signo o una señal de que atravesamos una zona tormentosa. Así pues, el signo o señal se apoya en una relación objetiva entre signo y significado. Semejante relación se presenta siempre en forma de sucesión regular de dos hechos, de forma que a la presencia del humo le sigue la del fuego, o a la del rayo la de la tempestad, o a la del sol el calentamiento de la piedra. Por esta razón podemos afirmar que la relación existente entre el signo y lo signado, o la señal y lo señalado, es una relación de orden psicológico, el principio de asociación. Dos hechos que han sido observados repetidamente juntos tienden a evocarse mutuamente. Como el principio de asociación pertenece al orden de la imaginación y está plenamente vigente en la psicología animal, las señales son perfectamente accesibles al animal. Más aún, como dice José Montoya, los etólogos han deseadorado la relación entre signo y significado.

a menudo que los animales son capaces de captar señales sutilísimas que escapan por completo al hombre. Un perro, por ejemplo, puede darse cuenta de que una visita es desagradable para su amo, aunque éste haga lo posible por ocultarlo. Una vez explicado en qué consiste la señal o signo, estamos ya en condiciones de pasar a estudiar lo que se entiende por símbolo propiamente dicho. El símbolo es algo muy distinto de la señal donde, como sabemos, se exigen necesariamente lo natural y lo señalado. El símbolo es, por el contrario, un constructo, o sea, una construcción de la mente del hombre completamente

desligada de necesidad. Se trata de una relación abstracta y arbitraria, pero no por ello equívoca ni falsa. Un ejemplo podrá expresarlo con toda nitidez. Cuando yo veo

ondear una bandera con una cruz roja. Yo, que pertenezco al horizonte cultural occidental y que he sido educada en ese ambiente, sé que se trata de una bandera filantrópica desplegada con el objeto de aliviar tensiones bélicas o de producir solidaridad entre los hombres. Cuando la bandera de la cruz roja ondea, después de haber sido convenido el alto el fuego, se sabe que es para dar al menos una tregua. Naturalmente que una bandera, una bandera de paz, hubiera sido posible imaginarla de miles de formas diferentes. Por ejemplo, hubiéramos podido poner una paloma mensajera, o un niño, o cualquier otro dibujo. Lo fundamental aquí no es el contenido mismo del dibujo, sino que estén de acuerdo respecto a su significado todos los usuarios. No es pues la relación necesaria humo-fuego, sino una relación arbitraria pero universalmente aceptada y producto no de la naturaleza, sino más bien de la razón humana. Si en lugar de ser procedentes del mundo cultural cristiano, lo fuéramos del Mahometano, acaso pudiéramos entender

Que en ese horizonte lo que nosotros queremos expresar con la Cruz Roja lo expresen ellos con la media luna roja y que por su parte podrían expresarlo los supuestos marcianos con un platillo volante rojo, azul o incolor. Supongamos por lo mismo que un perro no amaestrado viese ondear la bandera de la Cruz Roja en un mástil. ¿Podría el perro saber lo que aquello significa? En modo alguno. Al no haber relación de hecho a hecho, sino de intención o idea a concepto, el perro no podría captar el simbolismo contenido en la bandera mencionada. La razón del hombre es creadora de símbolos. Los símbolos se expresan desligados de la manera en que se expresan. Los símbolos se expresan desde su contexto natural y se expresan por medio de la palabra o la imagen. La palabra misma es completamente simbólica a diferencia de la palabra.

de los sonidos animales. Mientras que los sonidos emitidos por los animales están vinculados directamente a referentes naturales y expresan necesidades fisiológicas, un gruñido o un ladrido de un perro pueden significar cosas diferentes pero siempre y necesariamente vinculados a un estímulo al que se responde con el ladrido o el gruñido. La palabra del hombre es creadora de nexos teóricos y de referentes abstractos por los cuales se supera la vinculación directa a las necesidades naturales. Cuando yo digo casa estoy refiriéndome a una realidad exterior a la que hubiera podido caracterizar con cientos o con miles de formas. Hubiera podido decir humble, duffy o house en lugar de casa. No hay una relación necesaria entre la palabra y lo simbolizado por ella. Esta es la diferencia entre el lenguaje en general y el lenguaje onomatopeyico. En la onomatopeya, por ejemplo, cuando digo el

el tic-tac del reloj, estoy ligado a la naturaleza cuya realidad trato de reproducir, al repetir con sonidos semejantes a la realidad, la realidad misma que deseo describir. Pero el lenguaje no solamente menciona o se refiere a objetos físicos reales existentes en la naturaleza. El lenguaje, como símbolo por excelencia que es, puede igualmente referirse a objetos no existentes en el mundo, a objetos que denominamos abstractos o irreales. Así, por ejemplo, el número 7, pese a no existir como tal número en ninguna parte, lo que sí existen por el contrario son siete cosas concretas, siete peras, siete sillas, siete manzanas, pese a no referirse, como decimos, a ninguna cosa en concreto, goza de una existencia mental. Lo mismo se puede decir del lenguaje moral y de tantos otros. Lo que vemos son

personas buenas y no la pura bondad en abstracto. En suma, lo propio de la lógica del símbolo es su posibilidad de referirse a tantos objetos físicos reales existentes en el mundo, a toda clase de constructos.

sean realidades materiales o inmateriales. Ahora bien, es justamente aquí donde radica la gran ventaja de lo simbólico. Gracias al símbolo puede darse el avance humano. El lenguaje abstracto de las matemáticas es capaz de presentar de manera breve, rigurosa y coherente a la par que abstracta las realidades naturales más complejas. Si por algo se define el mundo del hombre, es, en suma, por su condición de mundo simbólico. Vivimos cada vez más entre símbolos, entre abstracciones, entre referentes cuyas claves se nos enseñan desde pequeñitos en los colegios y luego se reformulan a niveles aún más simbólicos en las universidades. A veces, en ciertos casos, incluso se produce una hipertrofia de lo simbólico, no acompañada, lamentablemente, siempre de un reconocimiento parejo y cada vez más serio de la dimensión natural del hombre. No se trata de que tengan necesariamente que estar en contraposición pues el mundo simbólico puede ayudar.

comprender, respetar y hacer desarrollar el mundo natural, sino que lo que lamentan los poetas, y el alemán Rilke es un ejemplo al respecto entre otros muchos, es el olvido de la función de las señales en un mundo de artificio que propicia la disociación de lo que no debería disociarse. Una de las aspiraciones de muchos hombres es en la actualidad aproximar el mundo de los símbolos al mundo de las realidades. De suyo, insistimos, no tenemos por qué concebir el símbolo como un disfraz de la realidad. Por el contrario, el símbolo y el concepto pueden revelarnos estructuras profundas de la realidad que no son accesibles a los sentidos. Cuando imponemos un nombre a una clase de objetos, lo hacemos porque en esa clase percibimos ciertas estructuras comunes, ciertas semejanzas. El símbolo llama a nuestro mundo a la realidad, y a la realidad a la realidad. El símbolo de la realidad es el símbolo de la realidad.

atención sobre esas semejanzas y al hacerlo así nos hace patente un aspecto de la realidad que podría habernos pasado inadvertido. Esa interpretación de la realidad, ese llamar nuestra atención sobre estructuras semejantes que se manifiestan en objetos distintos, es una tarea fecunda que puede suscitar, como dice el profesor Montoya, una investigación científica que ponga al descubierto las estructuras más fundamentales de lo real. Por lo demás, el simbolismo no tiene por qué separar nuestro yo del mundo en que vivimos. Antes al contrario, el simbolismo crea en el hombre el espacio suficiente como para captar la realidad en libertad y con objetividad, sin las coerciones de los instintos o las pulsiones del ambiente. Como señalan Bills Hoyer, la simbolización permite al hombre transmitir su saber más eficazmente que a los animales y la simbolización hace posible al hombre salvar la brecha existente entre sus experiencias físicas, o curiosidades, sentimientos e fascinantes y en climatización aliados.

discretas y convertirlas en una experiencia continua. Gracias al simbolismo, el ser humano inicia su vida adulta en posesión de gran parte de los conocimientos acumulados por la sociedad en que vive y equipado para acrecentar su provisión. El hábito de simbolización permite al ser humano mantener un problema en la mente aunque no esté físicamente ante él. Esta es en el fondo la razón de ser de la cultura, la cual lo es sólo gracias al simbolismo. La cultura no consiste simplemente en modos de comportamiento aprendidos, acumulados por multitud de hombres durante muchas generaciones. La acumulación de estos modos de

comportamiento aprendidos se hace posible por la creación y el uso de símbolos. Sin esta aptitud, el aprendizaje es estático o no progresivo como ocurre entre los animales. La cultura, que es en esencia una acuidad, es una actividad que se realiza en la vida.

La acumulación de pautas de comportamiento aprendidas, originada y desarrollada por medios de símbolos, vino a la existencia cuando el hombre aprendió a simbolizar. La acumulación de pautas de comportamiento aprendidas, originada y desarrollada por medios de símbolos, vino a la existencia cuando el hombre aprendió a simbolizar.

Filosofía y letras, geografía.